

Los intelectuales italianos en la Gran Guerra: intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918)

Patrizia Dogliani

Università di Bologna

Resumen: La renovación de la historiografía italiana de la Gran Guerra no ha estado acompañada de una nueva interpretación del mundo de la cultura y ha coincidido de manera unánime, también entre los especialistas extranjeros, en que el mundo de la cultura y las artes se expresó casi totalmente en favor de la intervención en la guerra. Esta idea ha establecido, en una comparación europea, el caso italiano como único, un *Sonderweg* en la Primera Guerra Mundial. Este trabajo alienta la reanudación de los estudios en este campo sugiriendo extender el análisis desde el periodo de neutralidad hasta 1917. Así es posible entender la transformación del intervencionismo, que estuvo dividido en al menos cuatro corrientes distintas: la nacionalista, la de la vanguardia cultural y artística, la democrática y la extrema izquierda. En 1914 estas corrientes estuvieron unidas en la necesidad de superar la era liberal e integrar Italia en una gran transformación europea producida por la guerra. Sus propósitos y sus contrastes se hicieron evidentes a partir del otoño de 1917 y durante el año siguiente el mundo intelectual experimentó un nuevo lenguaje patriótico que prelude las futuras divisiones entre las facciones fascistas y antifascistas.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, Italia, intelectuales, intervencionismo, neutralismo.

Abstract: The renewal of Italian historiography of the Great War has not been accompanied by a new interpretation of the world of culture and has agreed unanimously, also among foreign specialists, that the world of culture and arts expressed almost entirely in favor of intervention in war. This idea has established, in a European comparison, the Ital-

ian case as unique, as a *Sonderweg* in the First World War. This work encourages the resumption of studies in this field suggesting to extend the analysis from the period of neutrality until 1917. In this way, it could be possible to understand the transformation of the interventionism, which was divided into, at least, four distinct currents: the nationalist one, the cultural and artistic avant-garde one, the democratic one and, finally, the extreme left wing. In 1914 these currents were united on the need to overcome the liberal era and integrate Italy in a European transformation produced by the war. His purposes and contrasts became evident from the autumn of 1917 and during the next year the intellectual world experienced a new patriotic language that precluded future factional divisions between fascists and anti-fascists.

Keywords: First World War, Italy, intellectuals, interventionism, neutralism.

¿Los intelectuales y la guerra: un *Sonderweg* italiano?

En la época liberal, la composición social de los intelectuales aumentó y se diversificó sustancialmente en Italia: hombres y algunas mujeres de cultura que vivían de sus textos publicados en periódicos y editoriales, docentes de bachillerato y universitarios, aquellos que habían egresado de las universidades reales y se empleaban en profesiones liberales y científicas o en la administración central y periférica del Estado no sólo estuvieron activos en sus propias profesiones de abogados y notarios, médicos, ingenieros, agrónomos, sino también en la política y en la opinión pública. Y, finalmente, los estudiantes de bachillerato y universitarios, y, naturalmente, también los artistas. Fueron hombres y mujeres que unieron a su estrecho contacto con algunas ciudades que eran sedes de institutos de estudios superiores, instituciones y asociaciones culturales (la provincia «erudita» de Italia), una visión cosmopolita. Este nutrido grupo de intelectuales tuvo que tomar posición frente al estallido de la guerra europea en agosto de 1914.

La historiografía ha dedicado al papel de los intelectuales italianos en la guerra pocas páginas, ninguna monografía específica si excluimos los apreciables trabajos de Mario Isnenghi que convergen ya desde sus comienzos en la década de 1970 en el «mito» de la Gran Guerra, forjado principalmente por individuos aislados

y asociaciones de intelectuales¹. Las sucesivas y diferentes perspectivas historiográficas en Italia a partir de los años ochenta dirigieron la lectura de la Gran Guerra desde una visión clásica y de carácter militar hacia nuevos temas que fueron desde la sociedad y la economía del «frente interno» al *welfare* de las trincheras, la mentalidad y religiosidad de las clases subalternas que fueron llamadas a filas, la memoria pública de la guerra e, incluso, también a la renovación de la historia militar. En mayor o menor medida, estas aportaciones historiográficas han modificado el estudio del rol de los intelectuales. Toda síntesis sobre la Gran Guerra presenta páginas dedicadas a los intelectuales, pero estos trabajos recurren sistemáticamente a los mismos nombres y a los mismos juicios, que vienen a sostener que los intelectuales en su conjunto fueron la única voz que se expresó de manera casi unánime en favor de la intervención en la guerra:

«tanto appartato, silenzioso e diffidente era l'atteggiamento di buona parte della popolazione, quanto plateale, aggressivo e passionale fu quello degli uomini di cultura di formazione umanistica, letterati e scrittori... Da Marinetti a D'Annunzio, da Giovanni Papini a Giuseppe Prezzolini, da Ardengo Soffici a Enrico Corradini, la loro voce si levò unanime a favore dell'intervento»².

Los historiadores concuerdan en referirse a este particular momento de los intelectuales italianos como una categoría cohesionada, «dal momento che si espressero in maniera compatta, anche sulla base di motivazioni e argomentazioni diversissime», en relación con la entrada en guerra³. Pocas fueron las voces disonantes que se situaron fuera de este coro: entre éstas son recordadas las del joven Antonio Gramsci y las del influyente filósofo napolitano Benedetto Croce. De culturas diferentes, marxista uno y liberal el otro, fueron considerados *passatisti*, ligados a una confrontación entre grandes corrientes ideales y políticas del siglo XIX que la nueva guerra europea intentó barrer.

¹ Mario ISNENGI: *Il mito della Grande guerra. Da Marinetti a Malaparte*, Bari, Laterza, 1970.

² Antonio GIBELLI: *La Grande Guerra degli italiani, 1915-1918*, Milán, Sansoni, 1998, p. 31.

³ *Ibid.*

Estos estudios han conducido a la historiografía comparada sobre este tema a juzgar el caso italiano como peculiar, casi extremo. Mientras que en otros países europeos se contrapusieron entre los intelectuales posiciones intervencionistas y pacifistas, el caso italiano lleva a pensar en una formación compacta, activa a favor de la entrada en guerra, y bastante precoz, ya que se vio favorecida desde 1911 por la empresa colonial en Libia. Christophe Prochasson subrayó que el rol de los intelectuales italianos no sólo fue un sostén ideológico para la creación del consentimiento a la guerra, como sucedió en otros contextos nacionales, sino que asumió la función de verdadero y propio detonador y demiurgo, sobre todo frente al silencio y la pasividad mostrada por gran parte de la población, «Deriva forse da qui il tono iperbolico, estremo, talora velleitario che assumono le loro manifestazioni a favore dell'intervento». Las manifestaciones a favor de la entrada en el conflicto se expresaron con violencia, todavía sólo verbal, no solamente respecto a un hipotético enemigo extranjero, sino también, y sobre todo, respecto a toda forma de disidencia neutralista. Antes que designar un enemigo exterior, se señalaba al enemigo interno «con il volto di coloro che alla guerra si erano opposti, portando con ciò una minaccia mortale alla rigenerazione agognata»⁴. En el contexto de la confrontación internacional, Giuseppe Galasso puso en duda la excepcionalidad del caso italiano, su *Sonderweg*, reconduciendo la idea de una «rigoglio di cultura e di irrequietezza intellettuale» en la víspera de la guerra, tal como expresó el filósofo Benedetto Croce en 1928 en su *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*. Desde diferentes posiciones políticas e ideales, las obras de Croce y la del historiador Gioacchino Volpe *Italia in cammino* (1927) sostuvieron que en la cultura de principios del siglo XX había fermentado el deseo de superar el positivismo y rescatar la decepción de un *Risorgimento* no realizado:

«E' un fatto —observó Galasso— che per nessun altro paese europeo il tema della preparazione della guerra nella vita intellettuale e nel dibattito culturale sembra aver avuto tanto rilievo come per l'Italia».

⁴ Christophe PROCHASSON: «Gli intellettuali», edición italiana de Antonio GIBELLI, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Jean-Jacques BECKER (eds.): *La prima guerra mondiale*, Turín, Einaudi, 2007, p. 143.

También negó el carácter excepcional de la acción de los intelectuales italianos y se preguntó más bien si esta idea no fue una proyección de un juicio que perduró en el tiempo, impidiendo a la historiografía más reciente comprender «i processi reali che allora si svolsero in Italia, e neppure aiuta(ndo) a una più attendibile storia degli intellettuali in Italia»⁵.

Hacemos nuestra esta pregunta observando que la destacada insistencia sobre algunos intelectuales y artistas intervencionistas ha alejado la atención sobre el cuadro político y económico más general que se preparó para la guerra, como si la entrada en ella fuese casi exclusivamente un producto de la movilización intelectual. Además, el enfoque sobre los intelectuales más conocidos y militantes ha desviado la atención de una más amplia pluralidad de opiniones y de ideas expresadas por grupos de hombres y mujeres de cultura menos conocidos y más numerosos en los ámbitos periodístico y editorial, en las escuelas y las universidades, en la investigación científica o en la Medicina. Uno de los historiadores más interesados en el periodo de neutralidad, Brunello Vigezzi, observó, ya en los años sesenta, que el choque entre neutralistas e intervencionistas acabó por cerrarse en sí mismo entre 1914 y 1915 sin lograr «interessare più di tanto il resto del paese»⁶. Para retomar un estudio sobre los intelectuales italianos en la Gran Guerra hace falta tener presente dos importantes variantes: la periodización y las generaciones. Sólo superando el periodo de la neutralidad es posible comprender totalmente el compromiso de los intelectuales en el tiempo. A la formación de los intelectuales maduros y reconocidos que se expresaron en 1914 se añadieron muchos otros, más jóvenes o anónimos, involucrados en el ejército, la educación y la propaganda. Una vez que Italia entró en guerra, el patriotismo prevaleció en los ánimos de la clase media intelectual, también entre los que se habían manifestado en los primeros momentos por la neutralidad. Una intensa fase de intervención de la cultura muy diferente a la de los entusiasmos de 1914 regresó en 1917 distinguiendo los intelec-

⁵ Giuseppe GALASSO: «Gli intellettuali italiani e la guerra alla vigilia del 1914», en Vincenzo CALI, Gustavo CORNI y Giuseppe FERRANDI (eds.): *Gli intellettuali e la Grande guerra*, Bologna, Il Mulino, 2000, pp. 19-39.

⁶ Brunello VIGEZZI: *L'Italia di fronte alla Prima guerra mondiale*, vol. I, *L'Italia neutrale*, Milán-Nápoles, Riccardo Ricciardi, 1966, e ID.: *Da Giolitti a Salandra*, Florencia, Sansoni, 1969, p. 342.

tuales ahora «en armas», en correspondencia con los primeros fuegos revolucionarios y después de la desastrosa retirada del ejército italiano de Caporetto en el otoño. Su compromiso se dividiría más tarde otra vez en la primera posguerra, no ya entre neutralistas e intervencionistas, sino entre favorables y contrarios al fascismo.

Del verano de 1914 a los días luminosos de mayo de 1915: ¿intervencionismo o neutralidad?

El 2 de agosto de 1914 Italia se declaró neutral y no rechazó el tratado de la Triple Alianza con los imperios Habsburgo y germánico, que se había renovado el 5 de diciembre de 1912. Se abrió entonces una larga y conflictiva gestación de nueve meses hasta la denuncia de este tratado el 4 de mayo de 1915 y la declaración oficial de guerra al imperio austro-húngaro diecinueve días después. El primer boletín de guerra fue emitido el día siguiente a esta declaración, el 24 de mayo.

El intervencionismo hizo de nexo entre todas las posiciones de aversión a la Italia liberal y giolittiana, a la política de compromisos, corrupta, paralizada, al provincialismo en el cual el país, en comparación con otras naciones europeas, había quedado confinado desde hacía tiempo. La Gran Guerra fue en Italia, como recuerda Isnenghi, el «apogeo e crisi della società liberale». La entrada en guerra, deseada o aceptada, se convirtió, por tanto, en la única posibilidad de acometer una renovación profunda. Incluso un joven médico, Gino Frontali, nacido en 1889 en la cosmopolita comunidad italiana de Alejandría, que había sido educado allí en escuelas alemanas, se había licenciado en Medicina en Bolonia en 1913 y había hecho el servicio militar en 1914, a pesar de que se había preguntado sobre el significado de ser italiano, una vez en el conflicto, donde actuaría como oficial médico de batallón durante todo su desarrollo, afirmó que «giacché la guerra non si era saputa evitare ed era una realtà odiosa, bisognava cercare di trarne il migliore profitto per la civiltà europea»⁷. Por tanto, se trataba de una guerra «necesaria» que debía ser conducida de la mejor manera, no sólo

⁷ Gino FRONTALI: *La prima estate di guerra*, Bolonia, Il Mulino, 1998. El texto póstumo reproduce el diario que Frontali (1889-1963) tenía en 1915. Él era entonces un eminente pediatra y profesor universitario. En la primera posguerra

hasta la victoria, sino también hacia la renovación de la sociedad europea. Fue lo que muchos jóvenes italianos de la nueva burguesía, educados y profesionalizados, pensaron en 1914 y 1915: buscaron en la guerra una palanca para el rescate nacional y nuevos espacios de acción distintos a la política moderada y de compromiso encarnada por la clase política liberal.

Puede representar estas trayectorias intelectuales el recorrido intelectual y existencial de dos jóvenes literatos, ambos voluntarios, que cayeron en los primeros meses de guerra: Renato Serra y Scipio Slataper. Serra nació a finales de 1885 en una familia acomodada de fe *risorgimentale*. Alumno del poeta Giosué Carducci en la Universidad de Bolonia, corresponsal con Benedetto Croce y colaborador de *La Voce*, Serra fue un agudo literato que se convirtió en director de la ilustre Biblioteca Malatestiana de su ciudad natal, Cesena, situada en Emilia-Romagna (tierra que había sido sacudida por repetidas revueltas, la última en junio de 1914). Poco antes de morir en el frente —estuvo entre los primeros— en julio de 1915, a la joven pero madura edad de treinta y un años, había difundido el texto *Esame di coscienza di un giovane letterato*. En el testamento intelectual de Serra no se encuentra huella de entusiasmo por la aventura bélica, sino la convicción de que la guerra fue la respuesta a la crisis existencial de una generación entera de intelectuales, una prueba irrevocable, un «destino solo, per tutti», una especie de cita ineludible para una sociedad y una cultura europea que había llegado «sull'orlo, sul margine estremo». Slataper, nacido en Trieste en 1888 y muerto en el frente en diciembre de 1915, fue un producto de la cultura centroeuropea que se conjugó con la florentina de los círculos literarios que dieron nacimiento a *La Voce*, la revista de Giuseppe Prezzolini. La novela autobiográfica de Slataper *Il mio Carso*, publicada en 1912 en Florencia, es el testimonio más significativo de las contradicciones innatas de la cultura triestina de este tiempo, cerrada en su propio nacionalismo e irredentismo (del cual Slataper fue particularmente crítico, para después partir voluntario a la guerra) y al mismo tiempo abierta a otras culturas europeas.

Mucho más convencido y motivado fue el intervencionismo de los intelectuales militantes en la política y en las artes: «Il minimo comune denominatore è l'accettazione o meglio la presa di pos-

formó parte del círculo cultural promovido por Gaetano Salvemini y fue amigo de Ernesto Rossi.

sesso della guerra- più o meno estatica o razionalizzata, politica o impolitica- da parte dell'intellettualità italiana e europea»⁸. La movilización de escritores, poetas, artistas fue total y totalizadora: poetas como Gabriele d'Annunzio y Giovanni Pascoli y literatos como Giuseppe Prezzolini, Ardengo Soffici y Enrico Corradini intervinieron asiduamente en reuniones políticas, así como en los principales diarios y revistas políticas y literarias de la época: *La Voce*, *Leonardo*, *Lacerba*, *Il Regno*. Entre los primeros destacaron los futuristas, que tomaron partido por Francia, considerada su segunda patria intelectual, desde que Marinetti había lanzado en París el primer *Manifiesto futurista* en 1909 (seguido por sucesivos manifiestos en 1911 y 1913). Como afirmó Emilio Gentile, Marinetti, Boccioni, Carrà y Papini se implicaron «con una adhesione totale e disciplinata» en la guerra en favor de la civilización latina que unía Italia y Francia y proyectaron Italia desde un modernismo que se tiñó de fuertes tintes nacionalistas y que conduciría a los futuristas a dar un paso hacia lo político en 1917. La Revolución rusa fue acogida con entusiasmo como acto de «vita che trionfa sulla storia», «la guerra era dunque condizione necessaria di esistenza ideale per diffondere fra le masse il senso eroico della vita»⁹. Cansados de peticiones artísticas, con el *Arditofuturista* de 1917 nacería un movimiento político que se expresaría nuevamente en el «Manifiesto del Partito Futurista Italiano», escrito también por Marinetti en febrero de 1918 y que llevaría a una parte de los futuristas a adherirse a las aventuras políticas de la primera posguerra, desde la ocupación de Fiume por parte de D'Annunzio en 1919 hasta el movimiento fascista de Mussolini en los años sucesivos.

La guerra como cura, la guerra como antídoto a los tantos miedos que circularon en el país. Habría tenido que rescatar Italia, «grande proletaria» de Europa, como la había definido el poeta Giovanni Pascoli en 1911, en un enfrentamiento entre naciones pobres y ricas, hasta el punto de, como quisieron los más convencidos nacionalistas como Enrico Corradini, crear un nuevo imperialismo italiano, que fue teñido de populismo por la creencia de que *La pa-*

⁸ Mario ISNENGI y Giorgio ROCHAT: *La Grande guerra 1914-1918*, 2.ª ed., Bologna, Il Mulino, 2008, p. 37.

⁹ Emilio GENTILE: «*La nostra sfida alle stelle*». *Futuristi in politica*, Roma, Laterza, 2009, p. 38. Véase, para el periodo de posguerra, Emilio GENTILE: *L'apocalisse della modernità. La Grande guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori, 2008.

tria lontana (texto de Corradini de 1910) de los emigrantes podría redimirse con la guerra. En síntesis: la guerra debería atraer al país las fuerzas más frescas e innovadoras y poner orden a la fuerte hemorragia de trabajadores que había sufrido Italia en aquellos años con la emigración. Habían ascendido a cerca de quince millones los italianos emigrados entre 1875 y 1915, y sus descendientes, al menos un millón doscientos mil, estaban en edad para ser llamados a filas en 1915. El discurso patriótico elaborado por los intelectuales en Italia tuvo, sin embargo, poco impacto sobre las comunidades italianas en el extranjero si damos validez a la cifra de que poco menos de 304.000 de ellos regresaron, lo cual equivale a un cuarto del total; la mayoría llegaron desde Europa, mientras que las repatriaciones desde el continente americano fueron muy escasas¹⁰.

Según los sectores más intervencionistas y conservadores, la guerra debía poner orden en los conflictos que inflamaban el país desde hacía un trienio: desde la oposición antimilitarista y anticolonialista a la empresa libia en 1911 a la revuelta en los campos de Italia centro-septentrional (Marche, Emilia-Romagna, Toscana) durante la «settimana rossa» de junio de 1914. El ejército habría tenido que disciplinar la muchedumbre campesina subversiva y las masas obreras para reparar aquello donde otras instituciones habían fracasado en la educación cívica de los italianos. La guerra, a su vez, tenía que orientar la violencia inherente en el país hacia los objetivos ideales nacionales¹¹. Colaborador de *La Voce*, ensayista y poeta, reaccionario y antidemocrático, Giovanni Boine (1887-1917), con su *Discorsi militari* de 1914, como subrayó Mario Isnenghi, consiguió alcanzar ambientes militares hasta aquel momento impermeables a cualquier discurso político: «nessun testo è così scoperto nel definire un cancro devastatore la lotta di classe e la guerra come il solo rimedio eroico»¹². Y también,

¹⁰ Cfr. Emilio FRANZINA: «Volontari dell'altra sponda. Emigranti e emigrati in America alla guerra (1914-1918)», en Fabrizio RASERA y Camillo ZADRA (eds.): *Volontari italiani nella Grande guerra*, Rovereto, Museo Storico Italiano della Guerra, 2008, pp. 215-237.

¹¹ Sobre la violencia: Angelo VENTRONE: *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, Donzelli, 2003.

¹² Mario ISNENGI y Giorgio ROCHAT: *La Grande guerra*, p. 35, e íd.: «La letteratura dell'intervento», en Mario ISNENGI: *Il mito della Grande guerra*, Bologna, Il Mulino, 1997.

«Boine, nel gruppo dei giovani intellettuali gravitanti nell'orbita della più nota tra le riviste novecentesche, era certamente uno degli elementi più dotati, ma anche dei più francamente reazionari. Joseph De Maistre, Gobineau e simili sono gli autori sui quali poggia il suo discorso: egli li cita con la soddisfazione polemica di chi va controcorrente»¹³.

Diferentes pero compactas en la adhesión a la guerra, encontramos por lo menos cuatro «familias» políticas y culturales: el «intervencionismo imperialista» encabezado por las asociaciones nacionalistas; el grupo de tradición republicana y mazziniana que constituyó el «intervencionismo democrático»; las vanguardias culturales y artísticas; y la extrema izquierda de los anarquistas y anarco-sindicalistas relacionados con la Unión Sindical Italiana de Alcide De Ambris, Filippo Corridoni, Michele Bianchi, Paolo Orano, que se había formado en la lectura de Sorel, Blanqui y Proudhon. El potente grupo de los nacionalistas fue liderado por un prolífico publicista, Enrico Corradini. De orígenes dannunzianos, Corradini había fundado en 1913 junto a Giovanni Papini, Giuseppe Prezzolini y Vilfredo Pareto la revista *Il Regno*. Había sido un precoz defensor de la política exterior imperialista y colonialista, y el elaborador en política interior de una corriente populista reaccionaria y corporativa. Gracias al apoyo de los sectores militares y navieros, en 1914 creó, de una revista precedente, el diario *L'idea nazionale*, consolidando su vínculo con aquellos que apoyaban un gobierno de las aristocracias, entre ellos el economista y sociólogo Vilfredo Pareto, el historiador Gaetano Mosca y el jurista Alfredo Rocco. Desde otros ángulos disciplinarios, estas tres columnas de la academia italiana sostuvieron la necesidad de la entrada en guerra para volver a despertar a las elites para que asumiesen la guía del país y construyeran una nueva jerarquía que reemplazara a la débil dirección liberal, incapaz de detener a las agitadas clases populares, por un Estado organicista que no estuviese impugnado por los individuos. La guerra fue también para ellos el antídoto a la revolución social, a la democracia parlamentaria, a la libertad individual. Entre el variopinto grupo de revistas «intervencionistas» se añadió el semanal *L'Azione*, que se propuso renovar la cultura liberal en un sentido nacional y favorecer la formación de una nueva clase política capacitada para modernizar el país y para conjugar liberalismo y nacio-

¹³ Mario ISNENGI: *Il mito della Grande guerra...*, p. 76.

nalismo. Los intelectuales que le dieron vida (entre ellos Giovanni Amendola, Giocchino Volpe, el economista Alberto Caroncini y el joven Dino Grandi) habían sido decepcionados por la política giolittiana y por la que había expresado la Associazione Nazionale y se refirieron a las matrices ideales del liberalismo italiano, al rol histórico de las elites y, por último, al valor moral y material de la guerra. Publicada entre 1914 y 1916, *L'Azione* rechazó estos temas durante el pico intervencionista, proporcionando un anticipo de las contradicciones entre un liberalismo que se proyectaba regenerado en el culto de la grandeza nacional y un nacionalismo esencialmente imperialista. Este proyecto no sobrevivió a la guerra y a la llegada del fascismo¹⁴.

Luego estaba el intervencionismo democrático. Entre los principales exponentes de este fervor democrático a la entrada en guerra estuvo el historiador Gaetano Salvemini (1873-1957). Había dejado las filas socialistas en 1911 y fundó el semanal *L'Unitá*, después de colaborar con *La Voce*. «Di fronte alla guerra europea, Salvemini, che era oramai lontano dalle posizioni socialiste, si schierò a fianco dell'interventismo. E volle pagare di persona. Si arruolò volontario», a pesar de que por edad y por su débil constitución física fue licenciado muy pronto¹⁵. En 1914, para los democráticos, la participación en el conflicto surgió como dolorosa pero inevitable porque representó el medio para procurar a Europa una purificación, una catarsis necesaria para que Italia y todo el continente emprendieran un camino que los llevara a una democracia madura. La red tejida por el intervencionismo democrático fue muy amplia y heterogénea. Ésta recogió socialistas reformistas, católicos y liberales. La conciencia de una intervención democrática fue bien difundida por el diario de Salvemini, *L'Unitá*, en los primeros meses de la guerra europea y de la neutralidad italiana. Comenzando por el tema de las nacionalidades, por la reivindicación del derecho de los pueblos al autogobierno, Salvemini desarrolló su intervencionismo. Historiador y antifascista, el istriano Leo Valiani, nacido en la ciudad todavía habsburga de Fiume en 1909, señaló en marzo de 1915 el punto de inflexión que llevó a Salvemini y su periódico a apoyar plenamente la «politica delle nazionalità» en sintonía con las tomas de posiciones de intelectuales.

¹⁴ Cfr. Catia PAPA: *Intellettuai in guerra. «L'Azione» 1914-16. Con un'Antologia di scritti*, Milán, Franco Angeli, 2006.

¹⁵ Massimo L. SALVADORI: *Gaetano Salvemini*, Turín, Einaudi, 1963, p. 25.

tuales ingleses, convencidos, generalmente, por intelectuales desterrados y políticos como el croata Frano Supilo y el checo Tomas G. Masaryk, y en contraste con «il governo italiano, col Patto di Londra, riterrà ancora [...] di evitare la fine dell'impero asburgico, cui pure dichiarerà guerra»¹⁶. Conviene recordar que, antes de refugiarse en Londres muchos de los irrendentistas europeos pasaron por Italia y residieron en ella en el periodo de la neutralidad. Como representante del naciente Estado checoslovaco en Italia, en contacto con Londres y París, operó una figura extravagante de intelectual eslovaco, humanista, astrónomo, viajero, Milan R. Štefánik (1880-1919), considerado uno de los padres fundadores de Checoslovaquia. Alistado como oficial en el ejército francés creó, en su interior, legiones de combatientes checos y eslovacos. De su presencia italiana en las asociaciones quedaron huellas en las memorias de su novia italiana, una aristocrática intervencionista cercana a Bissolati y Salvemini¹⁷.

El intervencionismo democrático fue, por lo tanto, un filón político «minoritario», también por su heterogeneidad, pero fue, en cambio, muy activo y estuvo bien representado por los intelectuales. Éste sería derrotado por el nacionalismo y el naciente fascismo en la primera posguerra, pero permanecería, de todos modos, en la base de una profunda cultura democrática que se opondría a la dictadura fascista. Además del caso de Salvemini, célebre y bien conocido en la historiografía italiana y europea, este grupo fue guiado por republicanos, por un informal partido de opinión acogido por las páginas del *Corriere della Sera* dirigido por Luigi Albertini y por el socialista reformista Leonida Bissolati (1857-1920). Salido del PSI en 1912 por su posición favorable a la guerra ítalo-turca de 1911, Bissolati participó en el gobierno de guerra en 1916 y, sobre todo, fue defensor de una paz que estuviera de acuerdo con un proyecto de respeto de las fronteras nacionales dictado por la Sociedad de las Naciones. Libertad de los pueblos y una nueva disposición de Europa, en la cual se introducía el rescate nacional de Trento y Trieste, fueron los principios fundamentales de los democráticos¹⁸.

¹⁶ Leo VALIANI: «La politica delle nazionalità», en Pasquale AMATO (ed.): *Umberto Zanotti Bianco (1889-1963), meridionalista militante*, Venecia, Marsilio, 1981, p. 31.

¹⁷ Giuliana BENZONI: *La vita ribelle. Memorie di un'aristocratica italiana fra belle époque e repubblica*, Bologna, Il Mulino, 1985.

¹⁸ Véase Andrea FRANGIONI: *Salvemini e la Grande guerra. Interventismo democratico, wilsonismo, politica delle nazionalità*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2011.

A los democráticos laicos deben añadirse los católicos. La Iglesia católica fue severamente sacudida por un conflicto que dividió a los países de mayoría católica (124 millones de católicos contra 64 de las potencias centrales) y deploró la guerra como una consecuencia de la modernidad. Las dificultades de la Santa Sede crecieron además al tener que escoger otro papa tras la muerte de Pío X en el mismo mes, agosto de 1914, en que Europa entró en guerra. Fue elegido el arzobispo de Bolonia Giacomo Della Chiesa, que asumió el nombre de Benedicto XV y que no pareció alejarse de las posiciones antimodernistas de su predecesor¹⁹. Mientras que los periódicos católicos italianos como *Civiltà cattolica* se mantuvieron en la línea oficial de la Iglesia expresando temores de que el clero, y los católicos en general, fueran directamente implicados en la campaña intervencionista, varios intelectuales católicos, en cambio, se declararon intervencionistas. Fueron cercanos a la Azione Cattolica, organización laica nacida en 1905 para superar el *Non expedit* papal de compromiso de los católicos en la vida política italiana. Entre éstos, dos sacerdotes coetáneos (nacidos respectivamente en 1870 y 1871) emprendieron una vida política: Luigi Sturzo, que en 1915 fue alcalde de Caltagirone y secretario general de la Azione Cattolica, y, sobre todo, Romolo Murri, excomulgado en 1909 después de presentarse y ser elegido en las listas de la Lega Democratica Nazionale. La línea intervencionista católica fue esencialmente dirigida por dos personalidades libres de la obediencia eclesiástica, Eligio Cacciaguerra y Giuseppe Donati. Aunque de edades diferentes (Cacciaguerra había nacido en 1878 y Donati en 1889), formaron parte de un mismo ambiente político y cultural, la Romagna de Renato Serra y de la violenta revuelta campesina de junio de 1914, los grupos universitarios e intelectuales de Bolonia y Florencia, la militancia en el movimiento católico, y, en especial, el compromiso con el periodismo. En 1911 crearon el periódico *Azione*, portavoz de la Lega Democratico-Cristiana. Con el estallido de la guerra en Europa, vieron la oportunidad de insertar plenamente los católicos en la vida política del país y hacerles participar de un proceso más general de modernización política y desarrollo democrático. Donati encontró la ocasión para colaborar también con la *Unità* de Salve-

¹⁹ Carlo STIACCINI: «La Chiesa, l'Italia e la guerra», en edición italiana de Antonio GIBELLI, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Jean-Jacques BECKER (eds.): *La prima guerra mondiale*, pp. 125-135.

mini con el propósito de desarrollar un debate entre laicos y católicos. Fue voluntario y resultó herido en la guerra. En la primera posguerra se convirtió en director del diario *Il Popolo*, órgano del Partido Popolare creado por Don Sturzo en 1919. En 1925 debió refugiarse en Francia para huir de la violencia fascista, donde murió con apenas cuarenta años en 1931.

Voluntarismo subjetivo: la generación del 1915

En los últimos años, la historiografía italiana se ha detenido con interés sobre el tema del voluntariado en los meses de la neutralidad y, más en general, en el curso del conflicto. Caracterizamos tres tipos de voluntarios: los voluntarios irredentistas de Trento y Trieste que, reticentes a la militancia en Austria, se alistaban en el ejército italiano; los voluntarios en el ejército francés en 1914, y los voluntarios posteriores a mayo de 1915. Estos últimos fueron pocos, algo menos de 8.500 unidades sobre 4.200.000 hombres movilizados, pero su presencia fue extremadamente significativa. La mayoría de los italianos fue silenciosa y se resignó a la llamada obligatoria a filas, la tropa estuvo compuesta sobre todo por «infantería campesina» y fueron directamente comandados en trincheras por jóvenes de la pequeña y media burguesía, oficiales inferiores de complemento. El ejército imitaba la estratificación de clase presente en el país: clases populares en la tropa, pequeña y media burguesía entre los oficiales al frente, aristocracia de sangre en los altos mandos. Pocos fueron quienes, en los meses de neutralidad y en el momento de la entrada en guerra, reforzaron las filas de los intervencionistas no sólo con palabras sino también partiendo como voluntarios. Más allá de alguna excepción, la elección de campo por la Entente y la defensa de Francia parecieron naturales, incluso antes del acuerdo secreto que el gobierno italiano firmó con la Entente el 26 de abril de 1915. Muchos militaron o simplemente simpatizaron con las dos principales fuerzas políticas de la izquierda, el Partito Socialista (PSI) y el Partito Repubblicano (PRI), de quienes se alejaron criticando su ambigüedad y pasividad. Voluntariado de origen *risorgimentale* e internacionalismo de origen socialista fueron el humus de la izquierda italiana *mazziniana* y socialista. En 1914, ni el PSI ni el PRI supieron convertir esta experiencia en una clara

posición respecto al peligro de guerra. Y con tal ambigüedad alejaron de sus filas a los más jóvenes y militantes. El PSI se debatió entre posiciones neutralistas y antimilitaristas, incapaz de traducir entre sus filas la propuesta francesa de una «*armée nouvelle*» jaurésiana²⁰. Inicialmente pacifista e internacionalista, el PSI no supo expresar una posición ni de defensa de la República francesa, amenazada por el militarismo germánico, ni respecto a los movimientos de independencia nacional de los pueblos europeos. Esta moderación le puso rumbo a la colisión con otros sectores de la izquierda neorepublicanos, anarco-sindicalistas, radicales democráticos, y creó grietas en el interior del partido que llegaron a derivar en salidas y expulsiones. La más importante y conocida sucedió el 29 de noviembre de 1914. Fue la del director del periódico socialista *Avanti!*, exponente del ala revolucionaria, y líder de los jóvenes socialistas, Benito Mussolini, quien abrió la editorial de su nuevo diario, *Il Popolo d'Italia*, el 15 de noviembre con «il mio grido augurale è una parola paurosa e fascinatrice: guerra!».

El PRI resucitó mitos y símbolos místicos de la tradición *mazziniana*, pero fue guiado por una clara línea política y no consiguió poner freno a sus miembros más jóvenes que se manifestaban en las plazas en contra de la Triple Alianza. Ejemplares fueron los casos de algunos estudiantes de la Escuela Normal de Pisa, entre los cuales destaca Fernando Schiavetti, nacido en 1892 y militante del PRI desde 1910, que, junto con un compañero de estudios, decidió unirse a la legión italiana que se estaba formando en Niza para defender la república francesa en los campos de Borgoña y combatir con los eslavos para la liberación de Trento y Trieste. Como observó la biografía de este intelectual republicano y antifascista, emigrado posteriormente a Suiza, para él y para otros de su generación, «Guerra o rivoluzione, è indifferente: il fattore determinante sembra la volontà di “rinascita individuale”»²¹. La guerra representó un «rito di passaggio» para estos jóvenes intelectuales inspirados por ideas, lecturas y maestros muy heterogéneos. En el caso de Schiavetti, y no sólo en su caso, las enseñanzas vinieron de las ideas na-

²⁰ Véase Andrea GEUNA: «La réception manquée de l'Armée nouvelle par le mouvement ouvrier italien. Le cas de la revue *Critica sociale*», *Cahiers Jaurès*, 207-208 (2013), pp. 103-114.

²¹ Stéfanie PREZIOSO: *Itinerario di un «figlio del 1914». Fernando Schiavetti dalla trincea all'antifascismo*, Manduria, Lacaíta, 2004, p. 91.

cionalistas y republicanas de Georges Sorel y sus *Réflexions sur la violence* (traducido en italiano en el 1909 con prefacio de Benedetto Croce), de lecturas de escritores rusos y franceses (Tolstói, Zola, Hugo) y de su profesor de historia en la Escuela Normal de Pisa, Gaetano Salvemini. Más tarde, el análisis de esta generación de jóvenes intervencionistas sería hecho por uno de ellos en las páginas de *La Rivoluzione liberale* de Piero Gobetti: a la generación que hizo la guerra le interesó fundamentalmente expresar con la acción sus propias energías e ideas de cambio, cumpliendo así «il trapasso dalla giovinezza alla maturità»²². Este pasaje se dio inicialmente, como en el caso de Schiavetti, a través de una elección individual de ruptura hacia sus padres y hacia los partidos tradicionales, para más tarde clarificarse en una nítida y nueva posición intervencionista en las filas de nacionalistas o democráticos. También esto sucedió en el plano militar, después de un primer entusiasmo por las filas de los voluntarios republicanos y garibaldinos en Francia, la elección fue la de retornar allí o quedarse en Italia, apoyar la entrada en guerra del país y alistarse en el ejército regular.

Como ya he subrayado anteriormente²³, en 1914 se cerró una página del siglo XIX del voluntariado interpretado por la tradición garibaldina que había empujado todavía a voluntarios italianos a combatir por la independencia de la Bosnia-Herzegovina, Dalmacia y, sobre todo, por Albania en las guerras balcánicas de 1912-1913. Ya en agosto de 1912, un joven intelectual cosmopolita nacido en 1889, Umberto Zanotti Bianco, había escrito a Gaetano Salvemini que «non è più l'epoca dei volontari!». Sin conocerle, a distancia, el 16 de noviembre de 1912 en las páginas de *Avanti!* su entonces flamante director, Benito Mussolini, sostuvo *La fine di una tradizione*, la del voluntariado de enraizado en el garibaldinismo: «Alla gioventù che vuole combattere indichiamo altri campi d'azione». Según Mussolini, ya no era tiempo para la guerrilla y para un voluntariado que exportaba sus fuerzas vitales y derramaba su sangre en el extranjero. Por ello planteó a los jóvenes, entre los cuales encon-

²² GRILDRIG (alias Alberto CAPPÀ): «La lotta delle generazioni. Padre e figli», *La Rivoluzione liberale*, 29 (octubre de 1923).

²³ Patrizia DOGLIANI: «Il volontariato militare italiano. L'eredità di un'avventura nazionale e internazionale», en Patrizia DOGLIANI, Gilles PÉCOUT y Alessio QUERCIOLO: *La scelta della patria. Giovani volontari nella Grande Guerra*, Rovereto, Museo storico italiano della Guerra, 2007, pp. 13-19.

tró mucha aceptación por sus ideas radicales, «restate in questa Italia che sospingerete rapidamente, col vostro sacrificio e col vostro desiderio d'azione a migliori destini». Voluntarismo sí, pero sólo para fines nacionales, patrióticos. La cuestión fue retomada al inicio de 1915, cuando Mussolini, junto al sindicalista Alceste De Ambris y al nacionalista Filippo Corridoni, promovió un comité para recoger fondos para los voluntarios italianos que combatían en Francia y hombres para crear un contingente en función irrendentista contra Austria en los confines orientales. Pero esta nueva hipótesis neogaribaldiana duró muy poco. También aquí el rol de Mussolini, entonces ya excluido del PSI, fue fundamental para convencer sindicalistas revolucionarios y republicanos para retener el entusiasmo de sus jóvenes militantes a la espera de que la entrada en guerra bajo la dirección real abatiera el militarismo germánico y resolviera la cuestión de las nacionalidades en Europa. Pareció imponerse la idea de una guerra preparatoria de una radical transformación de la sociedad: primero la guerra, después la revolución.

Sobre la naturaleza política del intervencionismo y las perspectivas nacionales y, sobre todo, europeas de la posguerra, se expresaron después los ideales y la acción de los intelectuales más jóvenes. Sobre ellos el intervencionismo democrático tendría una influencia duradera. Dos ejemplos fueron significativos de la extrema variedad de estos intelectuales democráticos, Ernesto Rossi (1897-1967) y el recordado Umberto Zanotti Bianco (1889-1963), que expresaron después características y modalidades de acción política completamente diferentes. Zanotti Bianco, hijo de diplomático piamontés y madre inglesa, completó los estudios universitarios y, después de haber participado en las tareas de socorro a los damnificados por el terremoto de Messina en 1908 y haber conocido a Salvemini en aquella trágica ocasión, se dedicó desde 1910 a la acción reformista en el sur de Italia. Partió voluntario a la guerra y quedó gravemente herido. En 1925 fue uno de los firmantes del Manifiesto de los Intelectuales Antifascistas redactado por Benedetto Croce. Antifascista, meridionalista, arqueólogo de fama, sometido a la reclusión, fue siempre políticamente un liberal. Más joven, Rossi partió como voluntario en febrero de 1916, recién salido del bachillerato. Después de la participación en el conflicto, se dedicó a una intensa actividad periodística en varios periódicos, entre ellos *Il Popolo d'Italia* de Benito Mussolini, *L'Unitá* de Gaetano Salvemini y

Rivoluzione Liberale de Piero Gobetti. Muchos años después, Rossi recordó los motivos de aquella elección:

«Ero andato al fronte, come volontario di guerra, non per Trento e Trieste, ma per impedire che il militarismo tedesco soffocasse, per tutta un'epoca, le libertà in Europa. Tornato a Firenze, mutilato, non potevo ammettere che tutte le sofferenze patite e il sacrificio di tante giovani vite venissero vilipesi dai socialisti, che erano stati in gran parte imboscati nelle fabbriche d'armi, e che, fino a Caporetto, avevano adottato la vile politica del «non collaborare, né sabotare». [...] Se non avessi incontrato sulla mia strada, al momento giusto, Salvemini, che mi ripulì il cervello da tutti i sottoprodotti delle passioni suscitate dalla bestialità dei socialisti e dalle menzogne della propaganda governativa, sarei facilmente sdruciolato anch'io nei Fasci di Combattimento»²⁴,

y en el fascismo, como sucedió con otro coetáneo de Rossi nacido en 1896, Camillo Pellizzi. Estudiante universitario en Pisa, donde su padre fue rector de la universidad, Pellizzi se alistó y se diplomó durante la guerra y se trasladó a Londres, donde vivió entre 1920 y 1939, fundó el *Fascio* londinense y se convirtió en docente en el UCL. Fue señalado como uno de los más brillantes intelectuales fascistas en el extranjero antes de volver a Italia en la víspera de la Segunda Guerra Mundial para presidir el Istituto Nazionale di Cultura fascista. Sólo después de una segunda guerra, y una derrota, en 1948, Pellizzi, purgado y a la espera de regresar como docente de Sociología a la Universidad de Florencia, consiguió analizar con distancia aquella experiencia. La Gran Guerra para muchos fue «un atto di volontà» que inspiró al corporativismo y al fascismo:

«il rimprovero che un fascista deve fare a se stesso... è quello di aver tentato senza il vigore morale e il rigore intellettuale. Il vero insuccesso non fu una guerra perduta [la Segunda Guerra Mundial] bensì una rivoluzione mancata»,

después la Primera Guerra Mundial²⁵.

²⁴ Ernesto ROSSI: «Salvemini maestro e amico», en Ernesto ROSSI: *Un democratico ribelle: cospirazione antifascista, carcere, confino*, Milán, Kaos, 2002, p. 252; ahora también en Mirko GRASSO: *Ernesto Rossi e il sud Italia nel primo dopoguerra*, Bologna, Clueb, 2012, p. 41.

²⁵ Introducción de agosto de 1948 de Camillo PELLIZZI a *Una rivoluzione mancata*, Bologna, Il Mulino, 2009, p. 50.

Dos aspectos marcaron esta generación y nos empujan a mirar más allá de la corta lista de intelectuales de profesión y de sus revistas, sobre las cuales la historiografía se encuentra ya agotada. Primer aspecto: se trató de una generación joven, «la generazione del 1915», compuesta por miles de jóvenes (generalmente varones y alguna mujer) que se asomó a la política en aquellos meses, «figli di una borghesia colta dal forte impianto umanistico, appartenente al mondo delle lettere o delle professioni». Estuvo compuesta por estudiantes universitarios cuyos padres eran abogados, ingenieros, médicos, docentes de bachillerato y universidades, funcionarios del Estado. Se trató de una «elite che si percepiva tale in virtù non tanto del possesso, quanto alla cultura: la più sensibile, per tradizione e formazione, all'appello dell'onore e a quello della patria»²⁶. Así, mientras decaía la tradición del voluntariado *ottocentesco* garibaldino, mantuvieron y renovaron un fuerte vínculo cultural con el *Risorgimento*, transmitido desde la educación familiar y escolar, que se tiñó de nuevos ideales, entre los cuales el irredentismo. El suyo fue un «interventismo soggettivo», no porque se alistaron todos como voluntarios, sino porque adhirieron con convicción a las razones de la guerra y las apoyaron en el frente con gran sacrificio personal. Segundo aspecto: se convirtieron en unos intelectuales con firmes posiciones políticas en la guerra, viviendo la experiencia de ésta. En los escritos de Rossi y de Zanotti Bianco, resulta evidente que estos jóvenes intelectuales toscanos o septentrionales, situados como oficiales de complemento en el ejército, descubrieron otro tipo de «armée nouvelle», totalmente italiana, aún no compuesta por ciudadanos como invocó en 1911 Jean Jaurès, sino por proletarios en uniforme, sin tierra y sin la propiedad de los medios de producción, mayoritariamente campesinos muy pobres, muchos meridionales, en gran parte analfabetos o semianalfabetos, destinados otra vez, después de la guerra, a la emigración para sobrevivir. Estos jóvenes intelectuales procedentes de la pequeña y media burguesía, oficiales de complemento y no de carrera, constituyeron el enlace entre el Estado, los altos mandos militares y la tropa, fueron la columna vertebral del ejército en guerra. El presupuesto de 1914 era que la guerra habría de traer un profundo cambio, pero ésta acentuó la profunda crisis de la civilización oc-

²⁶ Elena PAPADIA: *Di padre in figlio. La generazione del 1915*, Bolonia, Il Mulino, 2013, p. 10.

cidental y de sus valores *ottocentescos*. Estos jóvenes veteranos, y aquellos que vinieron después de ellos, como Gobetti, que nació en 1901, se convencieron de que esta crisis solamente podía ser superada con una profunda transformación material y moral. Esta generación interpretó ahora la naturaleza del cambio radical de un modo muy diferente, liberal, socialdemócrata o fascista, y se dividió en su interior durante al menos un cuarto de siglo. El nexo entre la Gran Guerra y la política asumió para ellos los rasgos de una más amplia lucha por la regeneración de las relaciones políticas, económicas y sociales del país.

El último año de guerra: la generación de 1917

Mucho más que 1919, fue 1917 el año de fractura: el año de la Revolución en Rusia y el de la derrota del ejército italiano en Caporetto. En 1917 comenzó un periodo que hizo a Italia salir de la guerra para hacerla entrar en el fascismo²⁷. En el último año de guerra, desde el otoño de 1917 al armisticio firmado el 4 de noviembre de 1918, el estado de excepción en guerra acentuó la disciplina, la represión y la movilización patriótica (tanto que fue vista en esta fase como una «prueba general» del futuro régimen fascista) y experimentó nuevos lenguajes y prácticas de la organización del consenso, a los cuales fueron llamados los intelectuales tanto en primera línea de combate como en el «frente interno». Mientras tanto, la heterogénea familia intervencionista se dividió. En marzo de 1917 en las páginas de *L'Unità*, Salvemini reconoció:

«sui fini della guerra c'è fra nazionalisti e democratici un abisso. Per i nazionalisti la guerra dovrebbe servire a stabilire la loro egemonia in Italia e l'egemonia dell'Italia in Europa. Per noi la guerra deve assicurare un giusto equilibrio di nazioni solidali e pacifiche in Europa».

²⁷ Para una mejor explicación de esta frase, véase el primer capítulo «Uscire dalla Guerra-Entrare nel Fascismo», en Patrizia DOGLIANI: *Il fascismo degli italiani. Una storia sociale*, Turín, Utet, 2008. También de Patrizia DOGLIANI: «Sortir de la Guerre, entrer dans le fascisme: le cas italien», en Stéphanne AUDOIN-ROUZEAU y Christophe PROCHASSON (eds.): *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'après 1918*, París, Tallandier, 2008, pp. 113-140.

Pidió un último esfuerzo para que el sacrificio en guerra de los dos años precedentes no hubiera servido de nada «se in Italia i diritti del maggiore numero continuassero ad essere manomessi dai privilegi delle antiche minoranze parassitarie»²⁸. Las posiciones de las dos alas extremas del intervencionismo parecían ya inconciliables: imperialista y agresiva sobre la cuestión adriática la de los nacionalistas, europeísta y democrática la de los democráticos.

La voz de los intelectuales se atenuó con la entrada en guerra. Durante al menos dos años, entre finales de 1915 y la derrota del ejército en Caporetto a finales de octubre de 1917, la escritura se volvió privada, intimista, localizable sólo sucesivamente en las cartas desde el frente y la prisión y en los diarios de guerra. En Italia no surgió en 1916 y 1917 ninguna obra comparable a *Le Feu* de Henri Barbusse. Muchos intelectuales describieron públicamente su experiencia de guerra sólo muchos años después de su fin²⁹. *Il giornale di guerra e di prigionia* del escritor, entonces intervencionista y voluntario de guerra, Carlo Emilio Gadda (1893-1973), fue publicado en 1955. Dos obras importantes surgieron en plena época fascista, en 1934: *Vita e disciplina militare*, del crítico literario Luigi Russo (1892-1961), y la colección de diarios y cartas de los caídos, editada por el historiador Adolfo Omodeo (1889-1946). Russo fue compañero de estudios de Schiavetti en la Normale de Pisa, de la cual desde 1944 hasta 1946 fue director; también participó con entusiasmo en la guerra. Omodeo, por su parte, se licenció en Palermo con Giovanni Gentile y partió como voluntario de guerra. Docente de Historia del Cristianismo en la Universidad de Nápoles (de la cual sería el primer rector antifascista en 1943), a principios de los años treinta se acercó a Benedetto Croce y elaboró una concepción liberal crociana del *Risorgimento* como época europea de las libertades en plena crítica con la lectura «oficial» que de él habían hecho

²⁸ Gaetano SALVEMINI: «Interventismo nazionalista e interventismo democratico», *L'Unità*, 2 de marzo 1917, y Beniamino FINOCCHIARO (ed.): *L'Unità di Gaetano Salvemini*, Neri Pozza editore, 1958, p. 403. Véase también Andrea FRANGIONI: *Salvemini e la Grande guerra...*

²⁹ Hoy esta literatura puede leerse también con un nuevo enfoque metodológico gracias a la innovadora historia de las emociones. Cfr. Serena FERENTE: «Storici e le emozioni», *Storica*, XV, 43-45 (2009), pp. 371-392, y Penelope MORRIS, Francesco RICATTI y Mark SEYMOUR (eds.): *Politica ed emozioni nella storia d'Italia, dal 1848 ad oggi*, Roma, Viella, 2012 (el libro no contiene ninguna aportación específica sobre la Gran Guerra).

los historiadores monárquicos y fascistas. Fue en esta época cuando Omodeo publicó los diarios y las cartas de los caídos de la Gran Guerra, la lectura de los cuales, como recordó en la segunda posguerra otro historiador antifascista, Alessandro Galante Garrone³⁰, provocó grandes emociones y nuevos entusiasmos sobre todo entre los antifascistas que fueron a la cárcel o al destierro, entre ellos algunos exvoluntarios en la Gran Guerra como Ernesto Rossi o Riccardo Bauer³¹. Omodeo participó en la guerra, pero no formó parte de los entusiastas grupos intervencionistas, y permaneció políticamente en silencio hasta 1924. Es interesante ver cómo el estudio del *Risorgimento*, que se reanudó en los años del más amplio éxito político del fascismo, se convirtió en una manera de releer la historia de la Gran Guerra y entender la experiencia personal. La guerra no pasó entonces por la retórica fascista para ser leída como acto de necesidad, hasta aquel momento no satisfecho, de libertad y de rescate frente la corrupción política y del autoritarismo. Fue entonces, veinte años después del conflicto, cuando aquella generación de intelectuales comenzó a confrontarse con esta experiencia, introduciéndola en un análisis más complejo de la posguerra. Muchos encontraron en el pasaje bélico un «hilo rojo» que conectó el *Risorgimento* con la lucha antifascista. Ejemplar, en este sentido, fue el libro que apareció en París en 1938 (y en Italia recién en 1945) de Emilio Lussu, *Un anno sull'altopiano*. Lussu, nacido en 1890, había participado en la guerra como oficial en una formación compuesta por sardos, la Brigada Sassari, que había combatido en la meseta de Asiago en el verano de 1916 y en el año siguiente. En la primera posguerra creó el Partito Sardo d'Azione, formado por los excombatientes sardos, que fue perseguido por el fascismo, y desde 1929 se exilió en Francia.

Por el contrario, el movimiento neutralista no expresó una literatura de la memoria,

³⁰ Véase la introducción de Alessandro GALANTE GARRONE, en Adolfo OMODEO: *Momenti della vita di guerra. Dai diari e dalle lettere dei caduti, 1915-1918*, Turín, Einaudi, 1968.

³¹ Otra figura de voluntario de guerra fue Riccardo Bauer (1896-1982). Licenciado en la Università Commerciale L. Bocconi, fue secretario del Museo Sociale della Società Umanitaria, centro del socialismo reformista milanés hasta 1924. Fue, asimismo, colaborador de la revista *La rivoluzione liberale*, de Piero Gobetti, y de *Il caffè*, de Ferruccio Parri. Fue prisionero y exiliado. En 1928 participó con Ernesto Rossi de la creación del movimiento antifascista clandestino Giustizia e Libertà.

«índice della sua fragilità culturale e politica. Ma è anche un índice dei limiti con cui si compie il rispecchiamento letterario della guerra negli scrittori che ad essa aderiscono [...] Eliminato come possibile scelta politica, il neutralismo restava consegnato, sul piano letterario, all'interpretazione che ne dettero Palazzeschi e Malaparte [e] confermava la pochezza, la mediocrità della sua incarnazione storica, nell'incapacità [...] di animare e vivificare in modo aperto e politico l'interpretazione letteraria»³².

Isnenghi subrayó que los libros de guerra más significativos escritos por los intelectuales intervencionistas muestran en la primera posguerra un profundo deterioro de las motivaciones originarias y una profunda insatisfacción interior. En definitiva, mucho más una revisión de las ideas que los habían inducido a participar de la contienda que una reafirmación de las antiguas convicciones. Al releer aquellas novelas se confirma la ruptura «silenciosa» que sucedió entre el verano de 1916 y el otoño de 1917. Entre estos, el diario de Piero Jahier que apareció en 1920 con el título *Con me e con gli alpini*, la novela autobiográfica *Rubé* de Giuseppe Antonio Borgese (más maduro, ya que había nacido en 1882; periodista, germanista, y diplomático durante la guerra), y otras dos memorias publicadas respectivamente en 1930 y 1931, obras del escritor meridional Corrado Alvaro, nacido en 1895, titulada *Vent'anni*, y del triestino Giani Stuparich, nacido en 1891, titulada *La guerra del '15 dal taccuino di un volontario*. Ninguno de ellos militó en el fascismo, frente al cual asumieron una posición discreta y alejada. De éstos, sólo Borgese expresó en los años treinta un claro rechazo del fascismo, alcanzando el variado grupo de antifascistas que se refugiaron en los Estados Unidos, tejiendo vínculos políticos con Salvemini en la creación de la Mazzini Society, y uniéndose a la militante familia Mann, al casarse con una hija de Thomas Mann, Elisabeth.

El silencio público se rompió en 1917. Hasta entonces, intelectuales y literatos esencialmente trabajaron en las oficinas de prensa de los mandos militares y en la operación de censura de prensa y correspondencia³³. La censura se puso en marcha desde el agosto de 1915 y no se atenuaría hasta el final de la guerra. Contó con una

³² Introducción de Mario ISNENGI, en Piero JAHIER: *1918 L'Astico giornale della trincea. 1919 Il Nuovo contadino*, Pádova, Il Rinoceronte, 1964, pp. 23-26.

³³ Antonio FIORI: *Il filtro deformante. La censura sulla stampa durante la prima guerra mondiale*, Roma, Istituto Storico Italiano per l'età Moderna e Contemporanea, 2001.

oficina de prensa central cercana al comando supremo con sede en Udine, y después de Caporetto en Padua, donde eran analizadas las noticias para enviar a los periódicos, y se extendió a oficinas periféricas de control de la correspondencia y de los diarios de prensa. Fue, sin embargo, a finales de 1917 cuando jóvenes y no tan jóvenes intelectuales fueron llamados a constituir las Oficinas P, destinadas a difundir la propaganda entre los soldados y hacerla más incisiva. En tales oficinas «collaborarono con reciproca soddisfazione uomini diversi per origine e futuro come Jahier, Lombardo Radice, Calamandrei, Salvemini, Volpe, Caviglia»³⁴. Mientras tanto, otros jóvenes oficiales de complemento, universitarios y recién licenciados, crearon «diarios de trinchera», que tuvieron una triple función de alfabetización de la tropa, sostener el consentimiento en el frente y, en definitiva, crear un ejército nacional más compacto, una *armée nouvelle* de campesinos-ciudadanos-soldados. Entre estos diarios, destaca *L'Astico*, que se imprimió en el Véneto (Piovene-Vicenza) en el frente, con 39 números que aparecieron entre febrero y noviembre de 1918, y cuyo promotor fue Piero Jahier. La historiografía ha identificado a Jahier, nacido en 1884, como el más interesante y conocido entre los oficiales intelectuales comprometidos en 1918. Procedente de una familia del Piamonte valdense, escritor y estudiante en Florencia, desde 1911 hasta 1913 se había unido a Giuseppe Prezzolini en la dirección de la revista *La Voce*, y en 1916 se alistó como subteniente en las tropas alpinas y continuó, de uniforme, su trabajo como columnista³⁵.

A ellos se unió la obra de los sacerdotes de uniforme y de los capellanes militares en el frente, que a menudo tendieron a incrementar la fe, las supersticiones y creencias milagrosas para aliviar tensiones y miedos en las tropas, en particular las de origen campesino. A este tipo de intervención se opuso decididamente un singular padre franciscano, Agostino Gemelli (nacido en 1878), que trató de combinar fe y ciencia. Exponente de aquella minoría de sacerdotes que sostuvieron la intervención en la guerra, Gemelli prestó servicio en el frente como médico y creó cerca del Comando Superior del Ejército un observatorio de la psicología del soldado. Sobre la base de esta experiencia y de la influencia adquirida durante la gue-

³⁴ Giorgio ROCHAT: *L'Italia nella Prima guerra mondiale. Problemi di interpretazione e prospettive di ricerca*, Milán, Feltrinelli, 1976, p. 103.

³⁵ Piero JAHIER: 1918 *L'Astico giornale della trincea...*

rra, Gemelli fundaría en Milán, en 1921, la primera universidad católica de Italia, de la cual sería rector hasta su muerte en 1959.

El material producido por la Commissione Centrale di Propaganda fue reelaborado también en el interior del país por comités locales. Una rica colección conservada en la Biblioteca di Storia Moderna e Contemporanea de Roma nos ayuda a comprender cómo operaron tales comités. Por ejemplo, el importante comité de Milán (unido al de Pavía, y parecido a los de las ciudades de Turín y Florencia) reunió en un consejo federal todas las asociaciones intervencionistas precedentes³⁶. Cabe recordar que, además de ser la capital «moral» y compartiendo entonces con Florencia el rol de capital «intelectual», la ciudad de Milán había experimentado una efervescencia política en favor de la intervención en guerra mucho más intensa y variopinta que la de Roma. En Milán, Mussolini, después de su salida del PSI, construyó la redacción de *Il Popolo d'Italia*; y el irredentista de Trento, exdiputado socialista del parlamento Habsburgo, Cesare Battisti (1875-1916), se había refugiado en agosto de 1914 para empujar Italia a entrar en guerra contra Austria para concluir la empresa del *Risorgimento* y volver a anexarse los territorios de Trento y Trieste³⁷. El comité promovió reuniones, difundió opúsculos y sobre todo implicó a profesores de todos los niveles escolares, desde primaria hasta bachillerato. Después de Caporetto, el comité lombardo, que tuvo su sede cerca la Università Commerciale L. Bocconi, movilizó a los docentes gracias al apoyo de su Unione Generale. A ellos se entregaron unos opúsculos que contenían un «Schemi di conferenze per la propaganda fra il popolo». También existía, desde diciembre 1915, «l'opera patriottica degli insegnanti», orientada a una «propaganda e assistenza morale e spirituale delle classi popolari» que se intensificó en el último año de guerra con excursiones, conferencias, reuniones periódicas, distribución de publicaciones, suscripciones de cartillas de préstamo

³⁶ Comité federal intervencionista, situado en Piazza San Sepolcro número 9 de Milán, que reunía las siguientes organizaciones: Comitato per l'Azione; Patria Pro Trento e Trieste; Unione Liberale Democratica; Società Democratica Lombarda; Partito Socialista Reformista; Gruppo Nazionale Liberale; Segretariato Radicale Lombardo; Lega Nazionale Italiana, Associazione Liberale Popolare; Fratelli d'Italia; Associazione per la Difesa Civile della Patria; Gioventù Democratica; Partito Economico; Unione Tra i Medici per la Resistenza Nazionale.

³⁷ Cfr. la imponente biografía de Stefano BIGUZZI: *Cesare Battisti*, Turín, Utet, 2008.

nacional, publicaciones italianas y traducciones de documentaciones francesas y estadounidenses. Y sobre todo se promovió la propaganda en las escuelas y entre la población, gracias a articulados esquemas de conferencias patrióticas asignadas a miembros de la Unione Generale Insegnanti per la guerra nazionale que se mantuvieron durante 1918 sobre numerosos temas que iban desde la «necessità e ragione della nostra guerra» y «per la patria» hasta «contro i pregiudizi sulla nostra guerra»³⁸.

El nuevo frente intelectual ya no estuvo compuesto sólo por pocas y autorizadas voces, como había sucedido en 1915, sino que estuvo conformado por un amplio grupo de profesores y estudiantes. Una reciente investigación ha mostrado cómo la

«la rotta di Caporetto riattivò su larga scala il corpo studentesco, che nell'immediatezza del trauma diede sfogo ai suoi impulsi più violenti contro i nemici interni ed esterni della nazione»³⁹.

En diciembre de 1917 se fundó la Lega Studentesca Italiana, que articuló el vínculo entre estudiantes aún no alistados y supervivientes y mutilados. Una investigación todavía pendiente de realizar debería analizar el rol de los docentes universitarios durante la guerra. Más allá de algunos individuos que se expresaron políticamente por la intervención, la observación debería centrarse sobre la «cultura de guerra» que se desarrolló en las aulas universitarias, a través de la enseñanza y las lecciones inaugurales públicas. Todavía hoy es muy pobre el estudio, por ejemplo, de la historia en algunas universidades italianas (entre ellas las de Bolonia, Pisa, Pavía, Padua), que ha privilegiado la época del *Risorgimento*, el periodo fascista y la resistencia, descuidando la Gran Guerra. En un sondeo realizado por la Universidad de Bolonia, por ejemplo, emergen algunas personalidades muy activas. Entre ellas, la del filólogo Alfredo Galletti, que tuvo la cátedra de Literatura Italiana, anteriormente atribuida a los poetas Pascoli y Carducci, desde 1914 hasta 1935. Galletti fue uno de los fundadores de la Federazione Nazionale Insegnanti di Scuola

³⁸ Folleto *Attività della sezione milanese dal 4 novembre 1917 al 30 novembre 1918*, Milán, Circolo filologico, Via Clerici 10, 1918 (conservado en la Biblioteca Caetani de Roma).

³⁹ Catia PAPA: *L'Italia giovane dall'Unità al fascismo*, Roma, Laterza, 2013, p. 219.

Media en 1901, y en 1908 publicó con Salvemini la propuesta de *La riforma della scuola media*. La influencia de Galletti sobre sus estudiantes de bachillerato resultó evidente desde 1914, cuando siguió a Salvemini, acompañado por sus compañeros, en la campaña intervencionista, salvando a su vez las distancias intelectuales con el positivismo, en el cual se había formado cultural y políticamente. El caso de Galletti es un sólo caso «excelente» desde el cual partir para evidenciar por lo menos tres aspectos: la red intervencionista que se tejió entre los profesores de bachillerato y universitarios, el lenguaje patriótico que fue elaborado en el transcurso de la guerra (Galletti fue un infatigable orador)⁴⁰, y la fisura que se produjo también a nivel académico en Italia con la cultura humanista germánica, que no se reanudaría con mucha dificultad y sobre nuevas bases hasta los años treinta. En la posguerra, Galletti estuvo también entre los firmantes, en 1925, del Manifiesto de Croce, pero fue más tarde un militante antifascista que eligió mantenerse apartado de la vida política y entregarse solamente a sus estudios.

En conclusión

Detenerse en el estudio de los intelectuales durante el periodo de la neutralidad no permite comprender la riqueza y la variedad de las intervenciones, y tampoco de sus recorridos individuales y de las pasiones alimentadas. El arco temporal ha de ser mucho más amplio y debe ir de los fervores intervencionistas expresados en los meses de la neutralidad al periodo revolucionario y contrarrevolucionario de la posguerra. En este amplio periodo, los intelectuales italianos modificaron posiciones y lenguajes, con fases que alternaron la amplia participación y el repliegue silencioso. Además habría que identificar y ensanchar el objeto de estudio nuevamente: clase intelectual ya no debería incluir solamente los más conocidos intelectuales y artistas, sino también la gran base de quienes operaron en la cultura y la instrucción. Y habría que insistir también en el estudio de por lo menos dos generaciones de intelectuales: los maduros, los «maestros» para quienes la entrada en guerra se convirtió en un desafío y una superación respecto a la cultura *ottocen-*

⁴⁰ Alfredo GALLETTI: *Previsioni e illusioni, note in margine alla guerra europea*, Bologna, Cappelli, 1920.

tesca en la que se habían formado, y los más jóvenes, que realizaron una elección intelectual en la guerra y en la profunda crisis europea de la posguerra emprendiendo caminos a menudo conflictivos. Las «familias» intelectuales y políticas presentes en 1914 se disolvieron con la guerra. Quedaron vínculos profundos entre maestros y discípulos y nacieron nuevos vínculos entre coetáneos fraguados en el frente. El estudio de perfiles biográficos nos ayudaría a entender mejor estas nuevas tramas y ambientes.

Finalmente, dos consideraciones. La primera: incluso si la de los intelectuales fue la única voz expresada a favor de la entrada en guerra, como ya hizo Galasso, se pueden expresar dudas sobre su capacidad real para influir en la clase política y los poderes fuertes (económico, financiero, la monarquía, los grandes jefes y su clientela política) en la elección de la guerra y en qué frente combatirla. La segunda: el estudio de los intelectuales en la guerra nos conduce necesariamente al estudio de los intelectuales durante el periodo fascista, lo cual, a su vez, habría de impulsar una renovación de las investigaciones sobre la Gran Guerra.